

La nueva geopolítica

Mucho más allá de lo que el común de los analistas quiere ver, y de lo que se dice sobre la situación mundial o de una región del mundo como América Latina, cada día los acontecimientos y las decisiones políticas van adquiriendo una gran dimensión nueva, en transformación hacia dimensiones mayores, que compromete radicalmente, en los hechos como en la teoría, la visión del mundo y del conocimiento aceptada hasta hoy, así como nuestras certidumbres sobre lo real y lo conducente y, por cierto, sobre la sociedad.

En muchas discusiones, pronunciamientos y decisiones de los *Grandes*, esto es de quienes gobiernan en los países más ricos y poderosos, vemos que, con cada vez mayor conciencia, las nociones más simples y las palabras en general pasan a jugar un papel de la misma importancia que los hechos.

Como si lo que más interesara fuera la descripción de los hechos, como conjuro en uno u otro sentido de otras descripciones, y como preparación de lo que se desea y se intentará.

Ello, que en sí mismo pudiera decirse que siempre ha sido así, se hace tanto más decisivo cuanto más múltiples, variados y complejos son los acontecimientos que se consideran importantes para cualquier determinado desarrollo, viable a nivel mundial, de una política que no puede encerrarse en las fronteras de un país por grande y rico que sea.

Y lo que se puede entender fácilmente de un país grande y rico, ha de entenderse también de un país pequeño, cuya existencia o destino, traducible en términos de cierta autonomía en cualquier terreno, está ligada a su comparecencia en un conjunto que sea también en alguna medida suficientemente grande y poderoso, ya se trate de una región, un "bloque", un "alineamiento", un *cartel*, una religión o una etnia.

La observación de la importancia de las descripciones que se hacen de los hechos, nos lleva a su examen y, pronto, a no confiar en los *hechos* que cada una nos presenta, en cada caso, como tales. Y esto nos lleva, inevitablemente, a un problema mucho más hondo, que sin necesidad de enunciarlo más largamente podemos pensar que es "el problema de los problemas" que tenemos: problema que seguramente un día todos los humanos tendremos que planteárnoslo, de una vez y para siempre, a fondo, como cuestión literalmente de vida o muerte.

Como ha pasado una y otra vez en la historia, ya la nueva situación la estamos viviendo, antes de pensarla cabalmente, primero en la guerra. La vemos fundando la nueva geopolítica, consciente o inconsciente, que vislumbramos, en las decisiones de los Grandes, quienes no estamos en ellas.

Nada de lo dicho, creemos, es demasiado "filosófico", como se dice, o es inoportuno para examinar, así sea muy brevemente, esa gran dimensión nueva en transformación hacia dimensiones mayores, de que hablamos, que van

adquiriendo ciertamente los acontecimientos y las decisiones políticas. Tomemos como ejemplo, y por su interés para nosotros, el caso latinoamericano, en el hecho de la presencia, que fue, sólo ayer, tan sorprendente como decisiva, de una fuerza revolucionaria cubana en Angola.

Es la primera vez que "los descendientes", que somos o que éramos casi por definición los latinoamericanos, retornamos, y retornamos solidariamente para luchar y vencer con un pueblo de otro continente en su combate justo por su independencia y liberación.

Para nosotros los latinoamericanos, esto es nuevo. Y a nadie se le pasó desapercibida su novedad, salvo quizás a muchos de nosotros mismos.

Por otra parte, un hecho nuevo de esta naturaleza es primero en otro sentido también, porque abre un camino a la imaginación que queda, se quiera o no, siempre abierto, al menos como posibilidad. Y esto lo saben muy bien quienes registraron la novedad reaccionando con indignación.

El tema de la historia como apocalipsis no es, por cierto, nuevo. *Apocalipsis* no significa originalmente fin ni cataclismo universal, sino revelación. Lo que hay es que la revelación de la historia es algo que de algún modo está en su final y significa un cataclismo. Y la historia es revelación en la medida que es camino y desenvolvimiento de la Humanidad, uniéndose en ello lo ocurrido, que es uno de los significados de la palabra "historia", con su indagación, investigación o entendimiento, que es su otro significado.

Hasta ahora la política era cosa de todos, y la geopolítica era cosa de militares o de potencias. Las palabras eran muchas y se habían ido agregando, a cada momento, nuevas: "expansión", "equilibrio", "consolidación", "neutralización", "hegemonía", "centros de poder", "zonificación", "zonas limítrofes", "zonas de influencia", "reparto", "colonización", etcétera. Por otra parte, "aislacionismo", "involucración", "intervención", "diplomacia", "alineación", etcétera. Otras: "balcanización", "africanización", "puertorriqueñización", "americanización", y también "latinoamericanización", "chilenización". Y, en todo ello, desde la guerra y la paz hasta los reconocimientos, relaciones, tratados, alianzas, pactos, sociedades internacionales y organismos mundiales y leyes y tribunales, se planteaba, se describía o se jugaba la relación y la situación de relación de los pueblos, en lo económico, lo político y lo militar, atendiendo la amistad o no amistad, las correlaciones de fuerzas, sus riquezas, sus regímenes, sus ideologías, su religión, la cultura y las etnias. La política resultaba siendo, finalmente, de tablero, de ajedrez, de go o de dominó. Los militares jugaban con orgullo el juego que se les asignaba, diferente del de los civiles. Y las iglesias tenían también asignado el suyo particular. Los pueblos, salvo en los momentos que convenía enterarlos o aleccionarlos, nada sabían de este juego, confiados y dóciles a sus instituciones identificadas con ellos, con sus intereses y con su destino. La vida de los pueblos y de los hombres seguía siendo, más o menos, cosa de los dioses, de sus guerras y del destino.

El cambio se fue dando alrededor de cada vez más grandes guerras sin que se percibiera su naturaleza más profunda.

El momento que adquiere de pronto de nuevo la definición nacional y cultural como fundamento de la voluntad colectiva, o el problema de la población, o el problema de la tecnología, no es una cuestión de grado. Tampoco lo es la suscripción de la Carta de los Derechos Humanos, ni el de la Carta de Derechos y Deberes de los Pueblos, ni el planteamiento de un nuevo orden económico internacional y su réplica política norteamericana actual de los derechos humanos de nuevo.

Estamos ya en otro mundo, entrando a otro mundo, sin saberlo, porque se nos oculta en explicaciones que sólo son descripciones, y en "hechos" que no son tales sino sólo también descripciones conscientes o inconscientes, pero siempre intencionadas, porque desde el nivel más particular al más general se entiende en cada caso que ellas son decisivas dada la multiplicidad, variedad y complejidad de lo que está determinando cualquier política viable a la larga en cualquier terreno, empezando o terminando con la propia vida personal.

Es el momento del apocalipsis, esto es de la revelación, porque es el momento de todos los ángeles; de los ángeles de cada casa, de cada estirpe, de cada pueblo, de cada lugar del mundo.

Es el momento de la nueva geopolítica, de una nueva ciencia, de un nuevo entendimiento de la condición humana, de la verdadera política que soñaron desde hace mucho algunos, que no se dará sin lucha ni sin grandes sufrimientos; pero que habrá de darse finalmente, tarde o temprano, y ojalá más temprano que tarde, en el pensamiento. Es, sin duda, y lo será por muchos años, la gran tarea.

5 de mayo de 1977

José María Bulnes